

## Los cuatro tesoros

Marina AOIZ

La biblioteca de mi familia —muchísimo más humilde que la de los Baroja o que la de casa Azcona— ha ido creciendo poco a poco, a lo largo de los años, igual que las ramas de un árbol vigoroso y noble. A su sombra hemos vivido insólitas aventuras, recorrido países exóticos, navegado por mares y océanos, tratando de comprender *el amor y terror de las palabras*, construido sueños. De sus frutos nos hemos alimentado cuatro generaciones y de sus estantes han salido libros en préstamo para cualquier persona que los precisara. Es cierto que no conserva un orden ortodoxo por mucho que mi padre, que ejerce de bibliotecario, se esfuerce en mantener cierto rigor alfabético o temático, pero allí conviven apaciblemente los textos filosóficos de Platón o Hegel, diccionarios, enciclopedias, historias del arte, la música o la literatura, la poesía de Tagore, Cernuda y Hölderlin, novelas clásicas y de ahora mismo, manuales de cocina, etc., y que allí llegamos todos, padres, madres, hijos y nietos, a beber insaciables de sus fuentes. En ocasiones, la biblioteca se ha desperdigado porque uno de nosotros ha marchado a estudiar o a trabajar a otro lugar; una parte ha viajado por Barcelona, otra por Salamanca, San Sebastián, Pamplona, o por algunas ciudades de Venezuela, pero, como esas gotitas de mercurio que se desparraman cuando se rompe un termómetro y se unen milagrosamente cuando vuelven a entrar en contacto, los libros viajeros, junto a otros nuevos amigos, han regresado a su universo. A veces los libros se movilizan por toda la casa y se encuentran apilados en el comedor, en la cómoda del pasillo, encima de las mesillas de noche, en el cuarto de la tele, en la cocina..., hasta que una mano complaciente les hace un espacio en alguna estantería y pasan a formar parte de la biblioteca. Cada usuario tiene allí sus libros preferidos, propiedades personales que se socializan y pasan de mano en mano adquiriendo esa magia que posee un ejemplar releído. Algunos, es cierto, están ya demasiado viejos —¡pobre Ana Karenina con su lomo de piel tan desgastado!— y hay que leerlos con extremado cuidado, y otros, impecables porque nadie les ha echado mano, hasta que un día a alguien de la familia le da por la astronomía o la mineralogía. Entonces mi padre, ufano y sencillo bibliotecario doméstico, afirma muy sonriente que ya sabía él lo bien que actuó comprando esos tratados allá por el año 1957.

191

De entre ese frondoso bosquecillo —pues el árbol ha expandido sus semillas— mi amor especial se dirige hacia cuatro maravillosos tomos de la editorial Labor S.A. Cuatro libros viejos encuadrados en tela, tres de ellos en color verde y uno en azul. Los cuatro puntos cardinales de mi aprendizaje de lectora y escritora. Cuatro gemas brillantes y mágicas. Cuatro tesoro-

ros que parecen haber menguado de tamaño con los años, cuya sola existencia me hace recobrar la felicidad de una niña.

**1. El diamante: Los cuentos completos de los hermanos Grimm.** Los *Kinder- und Hausmärchen*, en alemán, que suena bonito. 213 títulos con 96 dibujos entre texto y 8 láminas originales de Ludwig Richter. Editado en 1961.

El mayor de los hermanos Grimm, Jacobo, el científico, recogió materiales relativos al remoto pasado de los pueblos germánicos a fin de recobrar algunas formas de la poesía primitiva. Guillermo, el poeta, elaboró los cuentos ciñéndose a la manera de narrar de las personas a las que entrevistaron. Los dos fueron profesores y miembros de la Academia de Ciencias de Berlín. Publicaron un primer tomo en 1812 y el segundo en 1815. Genuinos representantes del Romanticismo alemán, jamás sospecharon la trascendencia que sus cuentos iban a tener en el mundo entero ni los beneficios económicos que reportarían al imperio Disney.

Los protagonistas de sus cuentos —*Märchen*— se mueven como pez en el agua en el mundo mágico. Udo de Haes, antropólogo, profundo conocedor de los cuentos clásicos, dice de ellos que se trata de “un alimento muy especial para el alma infantil. El niño entre los cuatro y los seis años vive en el mundo de los cuentos de hadas donde se desarrolla su vida interior futura. Son un legado del pasado que alimenta y protege su vida interior ante el asalto de una civilización extremadamente intelectualizada”.

192

Yo me los comí todos como si se tratara del contenido de una bolsa de exquisiteces y cuando la razón empezó a oscurecer ese universo dorado, perdí la inocencia y comencé a pensar y reflexionar demasiado sobre ellos. Les puse calificativos y retrocedí impresionada hacia un territorio yermo donde no existían las princesas durmientes ni los seres elementales ni las fuerzas oscuras encarnadas en malvadas brujas, hasta que fui madre por primera vez y descubrí el regocijo de mi hijo al escuchar las narraciones que me habían alimentado en mi propia infancia. Más tarde, el interés de mis alumnos de maternal en la Ikastola de Tafalla me confirmó que era poseedora de un verdadero diamante.

**2. La esmeralda: Cuentos completos de Hans Christian Andersen.** De la misma editorial que el anterior. Año 1959. 329 dibujos y 16 láminas originales de Vilh Pedersens y L.F. Tegninger.

El autor nació en abril de 1805, en Odense, en la Isla de Fionia (Dinamarca), en una familia, muy, muy pobre. Hecho que marcó toda su vida a pesar de que, todavía joven, alcanzó el éxito y reconocimiento social tras la publicación de varias novelas. La atracción que sentía por el mundo de los niños y su peculiar manera de expresarse le empujó a publicar sus primeros cuentos inspirados en temas tradicionales. Cuentan sus biógrafos que le encantaba narrar y que la vivacidad y expresividad de sus palabras y sentimientos dejaba a los niños hipnotizados. Esa riqueza del lenguaje oral la trasladó a sus relatos, que fluctuaban entre dos movimientos: el romanticismo, con su espíritu colorido y sentimental, y el realismo que le hacía entusiasmarse por los adelantos de la ciencia y de la técnica. Confiaba en que el progreso contribuiría a la formación de una sociedad más justa. Viajó por toda Europa y su capacidad de asombro ante todo lo que observaba le impidió, paradójicamente, captar absolutamente nada de la situación política.

Escribió dos biografías sobre su experiencia vital pero donde mejor sintetizó su realidad fue en el cuento de *El patito feo*. Murió en el año 1875, después de recibir muestras de cariño, homenajes públicos (la ciudad de Copenhague se iluminó en su honor) y toda clase de consideraciones hacia su persona y su obra.

De entre los 154 cuentos publicados en este tomo, rescato con todo mi cariño uno de ellos titulado *Sopa de palillo de morcilla*. Varias ratitas deben emprender un viaje hasta dar con la receta de tan succulenta sopa; una de ellas recibe de su abuela, una rata de biblioteca, la siguiente enseñanza: "Cuando se es poeta, se sabe preparar sopa con palillos de morcilla. Y para ser poeta se necesitan tres condiciones: inteligencia, fantasía y sentimiento".

Como hubiera escrito Andersen, ¿no os gustaría saber qué hizo la ratita para conseguir la receta?, pues leed el cuento y además de divertirnos lo sabréis.

**3. El rubí: Cuentos Fantásticos de E.T.A. Hoffmann.** 108 dibujos entre texto y 8 láminas en color, originales de Marta Ribas, y un frontispicio con el retrato del autor. Se editó en 1962.

El autor nació en 1776 y murió a la edad de 46 años. Fue abogado, músico, compositor (escribió numerosas piezas para piano, música de cámara, *lieder*, coros, etc.), director de orquesta y de teatro —dirigió varias obras de Calderón—, pintor de telones y decorados y escritor. En su madurez ejerció como magistrado en la Audiencia de Berlín. Toda su existencia experimentó la oposición entre dos maneras de ser: el hombre filisteo, racionalista y materialista, encarnado en su propia madre, y el poeta que respondía a los modos bohemios y soñadores de su padre. Esa lucha la reflejan los protagonistas de sus cuentos debatiéndose siempre entre el prosaísmo de lo cotidiano y la esencia poética, capaz de captar el sentido profundo de las cosas.

Su estilo literario era muy elaborado, en él destaca el valor simbólico de la narración, lo que alejaba sus textos de los *Märchen* o cuentos populares. Influyó en otros escritores como Poe, Baudelaire o Nerval. Offenbach se inspiró en sus cuentos para componer su ópera *Cuentos de Hoffmann* y Chaikovski transformó su relato *Cascanueces y el rey de los ratones* en un ballet.

**4. El zafiro: Los más bellos cuentos de Las Mil y Una Noches.** Editado en 1960, con su encuadernación de color azul; 252 ilustraciones y 8 láminas. Traducción directa del árabe, selección y prólogo de Juan Vernet, catedrático de la Universidad de Barcelona.

Confieso que para escribir sobre *Las mil y una noches* no tengo más remedio que sumergirme en los textos de Borges, aquel bibliotecario un poco mago, un poco pícaro, que, como *sensible y agradecido lector* que era, nos ha invitado a tantas lecturas placenteras.

El Oriente (el lugar por donde sale el sol) siempre ha ejercido una fascinación entre los hombres de Occidente. *Las mil y una noches* surgen de modo misterioso. Existían en un tiempo remoto (y hasta mediados del siglo pasado) los *confabuladores nocturni* —hombres de la noche— cuya profesión era narrar cuentos durante la noche. Cuentos que viajaban de la India a Persia y, una vez arabizados, llegaban a Egipto a través de la tradición oral. Comienzan a ser recopilados en Alejandría y El Cairo entre el siglo XII y el siglo XVI. Me resulta fascinante que cada uno de esos compiladores seleccione, ponga, quite, invente... lo que le parezca más

sugerente, dando a ese libro una sensación siempre cambiante y de infinito. El maestro Borges menciona el símil con las cajas chinas pues dentro de un cuento se intercala otro y otro dentro de ese otro. En ellos es constante el tema de los sueños, la magia, los genios.

En 1704 se publicó en Francia la primera versión europea, el primero de seis volúmenes, por el orientalista Antoine Galland. El prologuista de *mi tesoro*, Juan Vernet, dice que en la España medieval ya se conocían fragmentariamente algunos de aquellos cuentos y que inspiraron obras como *La vida es sueño* de Calderón y otros textos de escritores tan relevantes como Cervantes.

Ya sabemos que el cuento es un fenómeno literario universal y que todos los pueblos y culturas disponen de su propia riqueza narrativa, que enlaza además, tanto en la forma como en el tema, con los cuentos de otros pueblos y culturas. También en *Las mil y una noches*, el cuento de *Simbad el marino* encuentra su correspondencia con los viajes de Ulises.

¡Qué maravilla! ¡Imaginar una humanidad fraterna unida por el hilo invisible de los cuentos!

Sé que mi oficio de orfebre y gemóloga, así como el de cuentista, tiene mucho que ver con la lectura de *Las mil y una noches*. En la plaza Djemaa el Fna de Marrakech o en el barrio de los lapidarios de Jaipur, en la India, me he sentido dentro de alguno de esos cuentos, dichosa en aquella atmósfera singular ya vivida y soñada en los días de la infancia.

No puedo acabar esta reseña sin añadir, con cierta ironía, una cita del mencionado Juan Vernet, en el prólogo a mi *oriental zafiro*: “Dado el carácter popular de esta antología, se han suprimido los pasajes raheces, aunque en ningún caso ha afectado tal medida a la recta inteligencia del contenido”. ¡Qué lástima!, me parece.

194

Las cuatro líneas que pensaba escribir sobre **Los cuatro tesoros** se han convertido en alguna más. Y eso que no he mencionado nada de sus ilustraciones, grabados que me llevaban al otro reino mágico de la imagen. Agradezco su atención al lector y pienso que si, en una pequeña biblioteca familiar, cualquier niño curioso puede descubrir el cosmos a través de las letras combinadas de multitud de maneras, en una gran biblioteca las posibilidades son verdaderamente infinitas. Felicito a todos los bibliotecarios del mundo por ese maravilloso oficio —cuidadores, conservadores, mensajeros— de la palabra impresa. ¿No creéis que el libro es uno de los inventos más hermosos de la humanidad?